

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

<p>PRECIOS DE SUSCRICION Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.</p>	<p>LA REDACCION Y ADMINISTRACION: Triunfo, 4.—bajos. Se publica los Jueves</p>	<p>PUNTOS DE SUSCRICION. En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.^o Madrid: Barquillo, 5. pral., 1.^o -Alicante: S. Francisco, 28, du.^o -Barcelona: Trafalgar, 55.—bajos</p>
---	---	--

SUMARIO.

¡El día de fiesta!—Quien guarda halla.—Discurso.—Remitido.—A un lucero, (poesía.)—Suscripcion.

¡EL DIA DE FIESTA!

I.

Nada mas hermoso que un día de fiesta, y nada mas triste á la vez, porque es cuando se ven mas de cerca los dolores y las alegrías.

Una multitud engalanada y risueña invade las calles de las grandes ciudades, la clase obrera ávida de luz, sedienta de aire. hambrienta de espacio, se desparrama por las afueras de la poblacion, se lanza al campo queriendo atesorar oxígeno para toda la semana; pero nunca faltan entre los ricos y los pobres cierto número de seres tristes y solitarios que para ellos no hay día de fiesta.

Siempre recordaremos una mujer que conocimos en Madrid. Durante algunos meses vivió frente de nuestro cuarto, aun era jóven y muy simpática, vivia completamente sola, durante el día trabajaba en un taller de modista, y por la noche la veíamos algunas veces asomada á la ventana, especialmente las noches de luna; entablamos conversacion con ella, y supimos que se llamaba Clara, que no tenia á nadie en el mundo, y que la vida la abrumaba de tal manera que no habia puesto fin á sus días por temor de no tener fuerza suficiente para herirse en el corazon; pero cuando mas sufro, nos decia, es el día de fiesta, en particular si tengo que ir al taller medio día.

—¿Por trabajar medio día se entristece?

—Si señora; si trabajo todo el día me es indiferente, porque como no salgo á la calle no veo la animacion de la ciudad, que aunque algo se nota por la noche, como estoy cansada de trabajar, lo que deseo es llegar á mi casa y acostarme; pero cuando trabajo por la mañana únicamente, y salgo á las dos ó las tres de la tarde, hora en que todo el que puede sale á respirar y á lucir, no puede V. figurarse que pena tan grande experimento al verme tan pobre y tan sola, sin tener un sér amigo con quien reunirme, ni un vestido que mudarme, al entrar en mi casa parece que entro en una tumba. ¡Oh! si yo pudiera.... crea V. que borraría del almanaque los días de fiesta.

¡Pobre Clara! tenia razon: para los seres que sufren la alegría general parece un insulto.

Sin despedirse de nadie aquella desgraciada cambió de casa, y dos meses despues, yendo un domingo por la tarde con nuestra amiga Emilia por la calle de Atocha, nos llamó la atencion el ver cuatro hombres que llevaban una caja muy pobre, seguida de un viejo vestido decentemente, tenia traza de ser portero de casa grande, sin saber por qué nos acordamos de Clara, y nos persuadimos tanto que era ella la que iba dentro de aquella caja, que le preguntamos al único sér que la acompañaba si la muerta se llamaba Clara.

—Si señora, nos contestó el viejo.

—¿Era joven?

—Regular; todo lo mas que tendria serian treinta años.

—¿Vivia sola?

—¡Y tan sola! ¡infeliz! de lástima vengo yo á su entierro, que no quiero que se diga que en donde yo estoy sale un muerto sin tener un alma caritativa que le acompañe al campo santo.

—Seremos tres en el duelo, replicamos.

—Sí, sí; añadió Emilia, que es obra de misericordia acompañar á los muertos.

El anciano aceptó con visibles muestras de gozo nuestra compañía, y durante el largo camino que hay hasta el cementerio general fuimos hablando de la pobre Clara, y nos dijo el buen viejo:

—¡Pobrecilla! qué horror le tenia á los dias de fiesta!... quien le habia de decir que en un dia festivo la habian de enterrar, y en un domingo se habia de poner mala.

—¿En un dia de fiesta cayó enferma? tambien es particular.

—Si señora; hoy hace quince dias estuvo trabajando toda la mañana, y cuando volvió mi mujer y mi hija la hicieron entrar en la porteria para tomarle parecer sobre un vestido que se estaban haciendo; en esto paró un coche á la puerta, bajando de él un caballero muy bien portado con una señora. Clara al verlos se quedó asombrada, dió un grito espantoso y cayó al suelo delante de ellos; la señora se asustó, diciendo:—¡Pobre muchacha! y el señor se puso mas amarillo que la cera, y sin decir una palabra se fué escaleras arriba.

Cuando Clara volvió en sí, con mucho trabajo me dijo porque apenas podia hablar, que la lleváramos á su cuarto, la subimos, la acostamos, y no se volvió á levantar más; la infeliz me entregó todos sus ahorros, pidiéndome que por Dios no la llevásemos al hospital.

Mi hija, que tiene muy buen corazon, se encargó de cuidarla, y esta mañana á las cinco entregó su alma á Dios.

Cuando llegamos al cementerio abrieron la caja y reconocimos á Clara, parecia que estaba dormida y que se sonreia, diez minutos despues la sacaron del ataud y la enterraron en la fosa comun, el pobre viejo estaba profundamente conmovido, y nos dijo con triste acento: ¡Quiera Dios que mi hija no se quede tan sola en el mundo!

II.

Desde aquel dia, siempre que llegan grandes festividades nos acordamos de Clara, y cuando vemos un cuadro de familia mucho mas.

Ultimamente se avivaron nuestros recuerdos, porque una familia amiga, compuesta del matrimonio y dos hijos, una niña de cuatro años, y un niño que cuenta dos inviernos, nos invitaron á comer en su compañía un domingo, que justamente celebraban el santo de la esposa, y mientras esta concluia de arreglar la comida, nos sentamos en un hermoso terrado, desde el cual se contemplan altas montañas, casitas blancas como la nieve y frondosísimos jardines; nuestro amigo con su hijo en brazos se entretenia en hacerle andar, riéndose alegremente de los esfuerzos que hacia el pequeñuelo para echar el paso, despues cogió un carrito, sentó á su hijo en él, y le paseó en todas direcciones, en tanto que la niña envidiosa de su hermano pedia que la paseasen á ella tambien; y el padre, entre sus dos hijos estaba tan ocupado que no sabia á quien atender.

Rendido al fin de tanto correr y hacer gimnasia, se sentó en un escaloncito de cara al sol, sosteniendo entre sus rodillas al pequeñuelo, la niña se sentó junto á su padre, y entre los tres se entabló un animado diálogo de signos, gritos y palabras, cada uno se expresaba segun podia, pero unos á otros se entendian perfectamente, y formaban un cuadro tan risueño aquellos tres seres, irradiaba en sus semblantes tan dulce satisfaccion, que al contemplarle involuntariamente nos acordamos de la pobre Clara, y murmuramos: ¡Qué diferencia! para nuestro amigo ¡qué hermoso es el dia de fiesta! trabaja toda la semana deseando que llegue el domingo para consa-

grarlo por entero á sus hijos. ¡Con cuánto placer juega con ellos! ¡con cuánta paciencia accede á los caprichos de sus pequeñuelos! como procura hacerles gozar! verdaderamente para nuestro amigo el dia de fiesta es un dia bendito.

Despues de comer vá con su esposa y sus hijos al café del Círculo de donde él es secretario, y los chicuelos están allí como en su casa, ¡qué caritas tan alegres pusieron cuando los sentaron junto á la mesa y les sirvieron el café! con sus ojos, cuantas cosas decian aquellos inocentes! y su padre, qué satisfaccion tan pura revelaba su semblante al ver á sus hijos tan contentos y tan sonrientes! ¡qué hermoso es el dia de fiesta para el padre de familia que sabe cumplir con su deber! celebra en su alma una verdadera fiesta al consagrarse á esos goces purísimos que proporciona el amor de la familia.

En nuestro amigo lo hemos visto; y no se crea que este es de un carácter amoroso, no; no es de esos seres sensibles que se conmueven fácilmente; pero sabe querer, y le dá á los afectos de familia su verdadero valor concediéndole al dia de fiesta la gran solemnidad que en sí tiene, dia consagrado al reposo, al goce íntimo del espíritu, ¿y de qué manera puede este ser mas dichoso, que rodeándose de sus seres amados, complaciéndose en verles sonreír como hace nuestro amigo? En la tierra no hay goce superior al que proporciona el amor de la familia, y contemplando esa dicha inapreciable recordábamos á Clara y repetíamos: ¡qué diferencia! ¡cuánto le temia aquella infeliz á los dias de fiesta! y tenia razon, en las horas que todo el mundo reposa es cuando el alma se encuentra mas sola, si la soledad es su patrimonio, entonces es cuando se pone de relieve el abandono y la miseria que le rodea al que vive solo como un anacoreta, entonces es cuando mas se echan de menos los padres, hermanos y amigos, entonces es cuando la envidia, (perdonable en aquellos momentos) se apodera del corazón del infortunado, y dice como decia Clara:

¡Por qué no serán todos los dias iguales? ¿por qué el hombre no trabajará siempre para olvidar sus penas atendiendo á su tarea?

III.

«¡Qué tristes son los dias de fiesta, (nos dice un espíritu) para los que no pueden rodearse de amorosa familia!

»¡Cuántos seres hay como la pobre jóven que acompañaste á su última morada! Yo he sido una de sus compañeras de infortunio, traída por tus compasivos sentimientos, estaba á tu lado el dia de fiesta que refieres en tu artículo. Clara tambien estaba junto á tí, contemplando aquel cuadro de familia que tanta impresion te causaba: ¿recuerdas? tuviste algunos instantes melancolía, y es que nuestro flúido te envolvía por completo.

»Yo no te he abandonado, habiendo encontrado un sér que sabe compadecer, y que tiene condiciones medianímicas, no he querido perder esta buena ocasion de comunicarme contigo: no voy á contarte grandes aventuras, solo te hablaré de mi última existencia que fué triste como un gemido, viví sola como un anacoreta, tú que comprendes lo que es la soledad, te prestarás complaciente á escribir una página de mis *Memorias*.

»Entré en ese mundo bajo tristísimos auspicios, mi pobre madre para darme á luz segun he visto despues, tuvo que cubrirse el rostro con un negro antifaz para que no la conocieran las personas que la rodeaban. Sin recibir un beso de mis padres me depositaron en la inclusa, llevando entre mis ropas una gran suma de oro, y una carta dirigida á un alto funcionario de la iglesia, en la cual se le suplicaba que á mi mayor edad se me hiciera profesar si antes no se me habia reclamado; acompañaba á esta carta media medalla de plata de la vírgen del Pilar, que debian guardar en mi rica envoltura.

»En la inclusa cumplieron fielmente cuanto se les encargó. La superiora, mujer buena y sensible, me quiso mucho, pero en esos establecimientos que llamais benéficos viven muriendo los infelices cuyo infortunio les arroja del hogar paterno, especialmente los que tienen desarrollada la sensibilidad.

»Yo fui una verdadera sensitiva, así es que mi sufrimiento fué inmenso; desde muy pequeña, recuerdo perfectamente, que cuando algun dia de fiesta nos sacaban á

paseo yo trataba de contener mi llanto y me era imposible, al ver una señora con una niña de la mano, sentía un dolor tan agudo en el corazón que lanzaba lastimeros ayes, los que eran castigados por las hermanas que nos acompañaban con fuertes golpes, y me prohibieron salir.

»Esto último respondía á mis deseos, para mí llegó á ser un verdadero suplicio salir con mis compañeras, cuando me veyá tan mal vestida entre una muchedumbre engalanada, cuando contemplaba los niños que iban con sus padres jugando alegremente, pensaba en los míos y les decía:—¡Ingratos! ¿por qué me habeis abandonado? ¿por qué me habeis dado la vida y la muerte á un mismo tiempo? y crecí tan triste, tan meditabunda, que en la casa todos me llamaban *la dolorosa*. Y efectivamente, había en la iglesia de aquel asilo un gran lienzo de la virgen de la Soledad, que parecía mi retrato, fuí muy bella, y hasta mi hermosura me causaba pena, cuando contemplaba mis rubios cabellos que destrenzados me cubrían con un manto de oro, decía:—¿De qué me sirven estas trenzas tan hermosas si nunca una flor se ha de enlazar á ellas?

El capellan de la casa y la superiora, me hablaban continuamente de las delicias del claustro; pero yo sentía tal horror por la clausura, que me ponía como loca, y gracias que la superiora me quiso mucho y me protegió con todo su valimiento, hasta el punto que no permitió que me separasen de ella, diciendo que en último caso, si yo no quería ser monja mi dote sería cedido á los bienes de la iglesia y yo trabajaría para vivir.

»Yo acepté el plan con trasportes de alegría, porque prefería la libertad á todo, nunca perdí la esperanza de encontrar á mis padres. Si me encierro en un convento moriré sin verlos, y una voz secreta me decía: «¡Busca y hallarás!»

»¡Cuántas veces yendo de paseo con mis compañeras, si veyá una señora pálida y triste, reclinada en su carruaje mirando con indiferencia en torno suyo, mi corazón apresuraba sus latidos y yo decía:—¿Si será esa mi madre que piensa en mí?

»Mi figura era muy delicada, y mis gustos también, aprendí las labores de mi sexo con tal perfección que era el orgullo del establecimiento; vinieron varias señoras á buscarme para maestra de sus hijas, pero la superiora rehusó obstinadamente todas las proposiciones, cuando una tarde me llamó muy conmovida, y con gran sorpresa mía, me dijo:—Mañana irás á casa de la condesa de San Juan, en calidad de maestra de labores, saldrás todas las fiestas y vendrás á decirme cómo te tratan.

»Lloré tristemente al separarme de la superiora; yo no conocía á la condesa, y cuando entré en su casa sentí un frío intenso en todo mi ser, primero ví á mis nuevas discípulas, que eran cuatro niñas altivas y orgullosas, que apenas se dignaron corresponder á mi saludo, á poco entró la condesa, que me saludó friamente, y yo no sé qué sentí al verla. Ella misma me condujo á mi cuarto, y al verse sola conmigo me pareció que me hablaba con más agrado. Yo me sentí más animada para mirar su triste y pálido semblante, y desde aquel día sufrí, si cabe, mucho más que en el Asilo.

»Las criadas no me querían, porque decían que yo era muy orgullosa siendo una pobre infeliz como ellas; los señores, á pesar de mi distinción, no me concedían las atenciones que yo deseaba, así es que vivía tan sola que la existencia me era insoportable.

»Los días de fiesta, ¡cuánto sufría! veía salir á la condesa en su coche con sus dos hijas menores, y las mayores iban á caballo acompañadas de su padre y apuestos caballeros, salían los criados excepto los que quedaban de guardia, y yo me quedaba en mi cuarto sola y triste.

»Si salía para ver á la superiora, al cruzar las calles, que tenía que atravesar toda la ciudad, sufría al ver la dicha de los demás, así es que mi pesadilla eran los días de fiesta, porque los de trabajo, la condesa obligaba á sus hijas á trabajar, dándoles ella el ejemplo, bordando un manto para la Virgen de los Dolores, yo le ayudaba, y entonces me creía casi feliz, la condesa me hablaba familiarmente, sus hijas no se desdeñaban de dirigirme la palabra, y la más pequeña solía decirme: ¡qué lástima que no tengas madre! ¡pobrecita! pero mira, ya te querré yo.

»En aquellos momentos me parecía que estaba en mi centro.

»Un domingo por la tarde la condesa no quiso salir, salieron sus hijas y su esposo, y á poco entró ella en mi cuarto y me ordenó que la siguiera; la obedecí, entramos en el oratorio, cerré la puerta y volviéndose á mí, me estrechó en sus brazos con verdadero frenesí. Yo correspondí á sus caricias, porque comprendí perfectamente el lazo que nos unia, hay acciones, movimientos y miradas que hablan con mas elocuencia que cien discursos.

»No sé el tiempo que estuvimos abrazadas pero fué un largo rato, yo estaba asi-
da á su cuello y mi cabeza echada en su hombro, me parecia que habia muerto y que me encontraba en el cielo. Ella fué la que al fin con la mayor dulzura me separó de sí haciéndome sentar en un taburete, dejándose ella caer en un sillón, y cubriéndose el rostro con las manos dió rienda suelta á su llanto, yo apoyé mi cabeza en sus rodillas y sus lágrimas caian sobre mi frente bautizándome con el agua del amor; logró tranquilizarse algun tanto y me dijo con amargo acento:

»—Es necesario que abandones esta casa, creí que podria resistir tu presencia pero no puedo, venderia mi secreto, y de él depende la paz y el honor de una noble familia, mi esposo perderia la razon, mis hijas me despreciarian, no, no; tú no puedes permanecer aquí, si algo vale para tí el ruego de una madre muy desgraciada, entra en un convento, conságrate á Dios, y ruega en el silencio de tu celda por tu pobre madre, ó de lo contrario abandona este país, tú no puedes vivir en la misma nacion que yo, el sobresalto me mataria, pero créeme, si algo me amas, oculta en un monasterio tu juventud y tu hermosura, eres fruto del pecado, entraste en el mundo llenando de oprobio á los que te dieron el sér, y la sociedad no te ofrecerá mas que falsos halagos para perderte; te falta un nombre y una familia, perdóname, hija mia, y cree que en el pecado he llevado la penitencia; cada vez que he sentido los dolores del alumbramiento he pedido á Dios que acabasen mis dias.

»¡Ay de aquel que comete una falta!... ¡ruega por los pecadores, hija mia!

»Hay momentos en la vida que la violencia de las sensaciones nos quita el uso de la palabra, yo escuché á mi madre sin interrumpirla, sentí en todo mi cuerpo dolores horribles, como si tenazas de hierro candente oprimieran mis miembros, me levanté maquinalmente, quise abrir la puerta, y al abrirla caí sin sentido.

»Cuando volví á la vida de relacion me encontré en la enfermeria del Asilo donde pasé mi infancia y mi juventud. Todos los sucesos pasados vinieron en tropel á mi memoria, pregunté por el capellan de la casa y por la superiora, ambos vinieron y les participé mi resolucion de entrar en un convento en cuanto me pusiera buena, la superiora me abrazó llorando, porque sabia la lucha que yo habia sostenido rechazando la clausura; seguí enferma hasta el punto de conocer que iba á dejar la tierra, y me alegré con toda mi alma, ví llegar la muerte como una madre cariñosa, y me entregué á la dicha de morir creyendo en mi reposo eterno. Pedí á mi confesor que hiciera lo posible por avisar á la Condesa, pidiéndole que viniera á verme. Aquella misma tarde que era domingo vino mi madre, y como si mi espíritu estuviera esperando su llegada para dejar un planeta donde tanto habia sufrido, en el instante que la Condesa se inclinó sobre mi lecho exhalé el último suspiro y ella besó la frente de un cadáver.

»¡Pobre mujer! cuán triste ha sido su vida!

»Ella y yo tenemos una larga y dolorosa historia, la soledad íntima es nuestro patrimonio hace muchos siglos; ni para ese espíritu ni para mi hay dias de fiesta; ó hemos vivido sin familia como me sucedió últimamente, envidiando hasta el infeliz ciego que llevaba un pequeñito en sus brazos, ó terribles recuerdos han envenenado mi existencia, que no ha disfrutado ni un segundo de verdadera tranquilidad.

»Cuando encuentres en tu camino esas pobres jóvenes recogidas en los Asilos enéfcicos, tú que sabes compadecer, dirigeles una mirada de ternura, que son los pobres desheredados sin hogar ni pátria, que no tienen en su penosa peregrinacion ni un dia de fiesta.—Adios.»

¡Pobre espíritu! no necesitamos de su encargo para mirar con pena á los niños y á las jóvenes recogidas por la beneficencia del Estado. Siempre que las hemos visto hemos murmurado:—¡Cuántas historias tristes hay en el mundo!

El dia que contemplábamos á nuestro amigo acariciando á sus hijos, tambien re-

cordamos á los muchos huérfanos que hay en la tierra, y decíamos mirando á aquellos dos pequeñuelos:

¡Dichosos de vosotros! que sostiene vuestros pasos el amor de una madre y la tierna prevision de un padre.

Para vosotros hay dias de fiesta! el sol de la felicidad brilla en el cielo de vuestra vida!

Sonreid, pequeñitos! sonreid con inmenso júbilo! entraís en el mundo pisando flores! vuestra madre os bendice con sus besos! vuestro padre se deleita enseñándoos á andar.... ¡Angeles de la tierra! ¡qué Dios prolongue vuestro dia de fiesta!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

QUIEN GUARDA HALLA.

Mi querida Amalia: con la sonrisa en los labios, al verme de puro complaciente, metida de hoz y de coz á *literata* y desarrollando ciertos temas, yo, la frívola entre las frívolas y despreocupada entre las despreocupadas, despues de haberme puesto todo lo sério que el caso requiere, para escribir el adagio que sirve de título á este artículo carta, no he podido menos de soltar una carcajada, degenerada despues en sonrisa que aun vaga por mis labios.—Pero ya es tiempo que entremos en el terreno de lo sério.

Es el caso que estando esta mañana terminando mi contestacion á tu última, se me ocurrió que tenia que comprar el sello y aun no tenia el dinero.—Siempre que se me ocurre algun gasto por pequeño que sea, antes de pedir á mi madre revuelvo el fondo de mi cofre y los rincones, donde tengo la costumbre de depositar mis pobres ahorros de hija de familia; pero esta vez yo sabia que fondo y estremidades estaban completamente desfavorecidos de la Fortuna: no pude menos de fruncir el entrecejo ante tamaña contrariedad, pues soy muy enemiga de pedir.—

Tengo en mi mesa de escritorio (que es ni mas ni menos, que el tablero de dibujo que yo tenia en el colegio allá en mi niñez y el que conservo en mis habitaciones como recuerdo grato de aquellos tiempos) un cajon, en el cual se encuentran en el mayor desórden, infinidad de objetos pequeños como son: peinas, agujetas, alfileres, botones y cuantas cosas pequeñas tengo, ya sean antiguas ó rotas. Allí á la ligera, porque yo vivo muy de prisa, es arrojado todo, siendo puesto en órden muy de tarde en tarde para revolverlo por otra eternidad, en el momento que me hace falta alguna cosa.—Hago mencion de este museo de antiguallas, porque recordé que infinidad de veces he arrojado á él esos céntimos y medios céntimos de que tanta gana tienen siempre de deshacerse los comerciantes murmurando á la vez ¡para que me habrá traído la criada este dinero, á mi que no tengo ninguno que tirar y esto se pierde!—Así pues; como cosa inútil yo lo echaba allí, para que nunca fuera menester tomarme la molestia de buscarlo; pero esta mañana recordando esto, me dije en medio de mi necesidad: ¡si tendré algunos céntimos! y entre dudosa empecé á revolver; pero..... ¡Oh felicidad! no solo encontré una parte de la cantidad que necesitaba, si que céntimo por céntimo conté los quince que vale el sello.—No se porque en medio de mi alegría me conmoví y me pareció oír una voz que muy quédo me dijo al oído: «quien guarda halla»—¡Quién guarda halla! repetí yo; recordando á la vez esa infinidad de familias, que si ahí no, aquí yacen en la miseria á causa de haber tenido excesivo lujo y constante despilfarro.—¡Quien guarda halla! volví á repetir; yo, la que si no he despilfarrado, porque no he manejado nunca capitales, he mirado siempre el dinero, ese metálico tan necesario para mantener la existencia, no solo con indiferencia, si que con desprecio tambien mas de una vez.—Entonces empecé á filosofar sobre este axioma:—Ciertamente, me dije: el que tira y despilfarra, no halla cuando necesita y si la providencia lo desampara él muere (como siempre que mas sucede á estos desgraciados víctimas á la vez del orgullo que no les permite entregarse al trabajo) él muere poco á poco en la consuncion de la miseria: A ese

pobre ser no le está dado tampoco despues, ni hacer el bien, ese bien tan necesario para el progreso de nuestro espíritu. Si conmovido ante otra desgracia que le hace olvidar la suya se lleva la mano al bolsillo, el bolsillo está vacío; si quiere prestar uno de esos servicios corporales no menos meritorios que la limosna, no puede tampoco: sus fuerzas debilitadas por su escasez de alimentacion no se lo permiten ¡Ah! pobre! pobre! ¡que pobre es el que no guarda! me dige triste aún.—

No pensaba hoy mandarte ningun escrito; pero de súbito se apoderó de mi cabeza que la idea «quien guarda halla» me podia muy bien servir de argumento para este artículo, que si lo juzgas digno ha de ocupar un lugar en las columnas de **LA LUZ**. Adios, tu afectísima

INVISIBLE

Granada, 17 Noviembre 1882.



En las Islas Baleares la civilizacion se abre paso, en Palma, las mujeres despiertan de su profundo sueño; el primer discurso pronunciado por la señora D.^a Magdalena Bonet, Presidenta de la Comision organizadora del Congreso Nacional, es como sigue:

SEÑORAS Y CABALLEROS: Hemos sido invitadas para que tomáramos parte en los trabajos preparatorios á fin de llevar á cabo un Congreso Nacional de Señoras, que debe reunirse en esta capital.

En nombre de las de mi sexo, doy las gracias á este ilustrado y activo Centro Obrero por la iniciativa que ha tomado en un asunto, que, á mi juicio, ha de producir trascendentales resultados; como que alimento la esperanza de que en el mencionado Congreso se han de establecer los primeros y sólidos fundamentos, para levantar, lenta, aunque seguidamente, nada menos que todo el edificio de una transformacion social.

Nuestros plácemes por sus buenos deseos al Señor Ossorio que ha inaugurado las conferencias, al Señor Presidente de esta sociedad y á todos los señores que han usado de la palabra.

CABALLEROS: No conseguireis modificar por vosotros las costumbres, porque esta es una obra que solamente nosotras podemos realizar..... apoyadas siempre en vuestro generoso concurso.

Nada obtendreis tampoco sembrando en terreno que no se encuentre preparado para recibir la simiente.

Aquí hemos oido discursos brillantísimos; la oratoria que se ha desplegado ante nosotras sin duda es deslumbradora... pero ingénuamente debemos confesar que nuestro sexo no se halla en estado de comprenderos, y por lo tanto hareis bien en ocuparos vosotros solos de cuestiones tan complejas.

Ayudadnos á echar los primeros cimientos de la obra que nos proponemos acometer que mas que obra de nuestra redencion es obra de la vuestra, es obra de la redencion de la humanidad..... y dejad hacer, que toda idea, como sea justa se abrirá paso.

SEÑORAS: Marchemos á la conquista de nuestros derechos por el camino del aprendizaje de nuestros deberes, instruyéndonos, poniéndonos en condiciones de ser las sócias de nuestros maridos, las instructoras de nuestros hijos; que sepamos formar ciudadanas que honren su Pátria y no olvidemos que no es el que corre mas, quien triunfa, sino el que llega mas pronto al fin deseado.

Una escitacion y un ruego he de dirigir á las ausentes. Yo espero que nuestras paisanas justamente reputadas como eminencias en la literatura y en el arte acogerán con entusiasmo la idea de la celebracion de este Congreso y que le prestarán toda su poderosa iniciativa.

HE DICHO.

Sra. Directora de LA LUZ DEL PORVENIR.

Muy Sra. nuestra: Los abajo firmados ciegos é individuos de la junta de una sociedad de músicos de la misma clase recientemente constituida y sancionada con fecha 27 del pasado mes, suplican á V. se sirva dar publicidad al comunicado que verá á continuacion de lo que le quedarán agradecidos en nombre de la sociedad sus s. s. q. b. s. m.—El Presidente, *Francisco Armadás*.—El Secretario, *Miguel Camps*.

Los ciegos músicos de esta Capital deseosos de proporcionarse la subsistencia del modo digno y elevado que corresponde á la ilustracion y cultura de esta ciudad y deseosos de corresponder al génio laborioso é inteligente que distingue á los hijos de la misma, cansados por otra parte de arrostrar por las calles el intemperio de las noches y comprendiendo además que los continuos grupos en que hemos de dividirnos para ganar el preciso sustento de nuestras familias es muchas veces molestia para el público por mas que este se halle animado del mejor deseo, iniciaron y resolvieron asociarse al objeto de cubrir sus necesi-

dades de un modo distinto hasta aquí; para dicho fin redactáronse ya los correspondientes reglamentos los cuales no solo han merecido la aprobacion y sancion si que tambien han sido objeto de la mas cariñosa acogida por parte de las autoridades las que creen ser nuestra idea digna de plausibles elogios; ahora bien, réstanos dar conocimiento del plan que para conseguir dicha idea hemos concebido suplicando al propio tiempo á la prensa de esta Ciudad nos preste su apoyo pues segun nuestro humilde criterio él ha de ser el motor principal de la vida de esta asociacion.

El plan consiste en formar una ó varias orquestas segun la posibilidad de la asociacion y en un local determinado dar conciertos á los cuales asistan las personas que animadas de filantrópicos sentimientos se suscriban por una cantidad mensual y con el producto de la misma suscripcion atender al sostenimiento de los asociados.

Cumple á nuestro deber hacer una importante aclaracion; La sociedad no admitirá cantidad alguna como producto de suscripcion hasta el momento en que pueda ofrecer á los que la honran favoreciéndola los referidos conciertos; teniendo el pensamiento los asociados de dar dos grandes conciertos fuera de suscripcion al objeto de allegar fondos para realizar los primeros gastos. Tambien debemos advertir que nuestra asociacion se compone de músicos salvo cortisimas escepciones que son admitidos en la sociedad en virtud del articulo 3.º del reglamento de la misma; hacemos esta advertencia porque sentiríamos lastimar los intereses de los que no son músicos y para la mejor inteligencia del público.

Dando las gracias por la insercion de este escrito, se ofrecen de V. atentos s. s, q. s. m. b.—El Presidente, *Francisco Armadás*.—El Secretario, *Miguel Camps*.

LA LUZ DEL PORVENIR, está muy conforme con el pensamiento de la fundacion de una sociedad, que puede librar a los desgraciados ciegos de su penosísima esclavitud. Séres tan infortunados merecen más respeto, más proteccion, son dignos en todos conceptos de un verdadero interés; y creemos cumplir con un deber de humanidad, ofreciendo á los músicos ciegos nuestro leal apoyo; cuenten, pues, con LA LUZ DEL PORVENIR para todo cuanto les pueda ser útil, bien con una suscripcion para allegar recursos, ora tomando parte activa en una velada literaria y musical que ellos organicen para el mismo objeto; nuestro deseo es demostrarles con hechos la simpatía y la compasion que nos inspiran.



Del Presidio de Alhucemas nos remiten la siguiente poesía, que nos complacemos en insertar porque LA LUZ DEL PORVENIR quiere mucho á los enfermos, á los pobres y á los presos.

A un Lucero.

¡Cuántas veces mis ojos te buscaron
Al declinar el moribundo Sol!
Y triste y solitario te encontraron
Entre nubes de nacar y arrebol!
¡Cuán dulce! tristeza me infundiste
Lucero melancólico al brillar!
¡Ay! quien sabe si al mundo tu viniste
Tan solo como yo para llorar!
Y por eso al morir la luz del dia
En tí mis ojos con amor fijaba,
Y al ver la timidez con que lucia
Mi hermano en la desdicha te juzgaba
Tu lanzabas tus vagos resplandores
Solitario en la azul inmensidad,
Yo perdido en la sombra sin amores,
Lamento mi profunda soledad.
¡Cuán dulce tristeza tengo unida
A tu mágica luz, blanco Lucero!

¡Cuánta imágen lejana ya perdida
Me trae confusa tu fulgor primero!
Y de aquella mujer pálida y triste
Que es huérfana tambien y desdichada
La forma candorosa me trajiste,
En tu plácida luz, tenue y callada.
¡Fantasmas de una noche ya perdida
Que ayer eterno el corazon creyó!
¡Miradme aquí cansado de la vida
Todo en el mundo para mi acabó!
Tan solo tu lucero has prodigado
Eterno tu cariño para mí;
Tu eres solo del tiempo ya pasado
La mágica ilusion que no perdí;
Y por eso al morir la luz del dia
En tí mis ojos con amor fijé,
Y al moribundo son del arpa mia,
Las penas de mi vida te canté.

GUSTAVO ARMESTO Y LOSADA.

Alhucemas.



SUSCRICION Á FAVOR DE UN ESPIRITISTA DESGRACIADO.

Suma anterior, 545'75 pesetas.—De Peñaranda de Bracamonte, 8 id.—De una espiritista, 2'50 id.—De J. S., 1 id.—Del señor Lobo, 5 id.—De Cerviá, 2'25 id.—De Tello, 2'50 id.—De Tarrasa, 12 id.—De Alejandro Muriel, 5 id.—De cuatro espiritistas de Alicante, 41 id.—De un desconocido, 2 id.—De S. P., 2 id.—De los espiritistas de Petrel, 12 id.—Total, 611'00 pesetas.

SAN MARTIN DE PROVENSALS:—Imprenta de Juan Torrents, Triunfo, 4.